

Perspectivas

Extremadura, año 2049. Los estragos de un extractivismo voraz se dejan sentir en su territorio. La mina de Cañaveral, y después la de Cáceres, fueron el inicio de una siniestra carrera que se extendió a otras zonas, en las que pusieron sus ojos empresas transnacionales que conocían, desde hacía años, el potencial energético y minero de esta región del suroeste peninsular. Los cráteres se despliegan por parajes que, antes, permanecían con un nivel de protección medioambiental que, distintos ejecutivos, fueron levantando en pro de un supuesto progreso económico y el tan repetido mantra de la creación de puestos de trabajo para combatir la despoblación y fijar gente en los pueblos. Ni lo uno ni lo otro. Se excavó profusamente la tierra, con un amplio número de minas a cielo abierto, de donde se extrajeron metales necesarios para las tecnologías digitales y la movilidad sostenible. Pese a las advertencias, Almaraz continuó en funcionamiento, con todos los peligros que ello conllevaba para la salud y la seguridad de las personas de los municipios cercanos. A la intensa explotación minera y energética, se sumó una masiva *turistificación* que hizo de Extremadura la comunidad autónoma de moda en el Estado español y en algunos países europeos. Canarias, Baleares o la costa levantina dejaron de ser los destinos predilectos y quienes podían permitírselo acudían a tierras vírgenes, donde la acción antrópica había sido más tenue, como fue el caso de Extremadura. Comenzaron a proliferar casinos, parques temáticos o centros hoteleros en enclaves impensables hasta ese momento, como la Sierra de San Pedro, Las Villuercas, Sierra de Gata, La Siberia o incluso la joya de la corona: Monfragüe, convertido en un espacio encaminado al disfrute, sin restricciones, de la caza para unos pocos, representados por una élite que controlaba las instituciones y dirigía las principales empresas del país.

Ante este panorama, Gloria se entristece. Acaba de jubilarse como profesora de secundaria (de la especialidad de Geografía e Historia) y, con sus canas ya muy presentes, percibe que su tierra ha tomado unos derroteros nada halagüeños. Sucesivos gobiernos autonómicos y centrales habían levantado la veda para convertir una parte del territorio en un lugar para la obtención de materias primas (no solo ganadería intensiva, también para conseguir electricidad y, sobre todo, minerales). La otra porción, para el goce de visitantes y turistas. Desde su retiro en su pueblo natal, Pinofranqueado, asiste con pavor a un desastre ecológico de dimensiones nunca vistas. En la mesa de trabajo que tiene en su biblioteca, reflexiona sobre cómo hemos podido llegar hasta aquí. Aunque su actitud ha sido siempre muy optimista ante los grandes y complejos retos globales a los que se

enfrenta la humanidad (emergencia climática, guerras, desigualdades, hambrunas, pobreza...), su esperanza tiene un límite. Cree que ha llegado a su fin. No obstante, se niega a tirar la toalla. Han sido muchos sus años de luchas y resistencias: desde que era una joven recién licenciada en Historia y se enfrentó al despropósito de instalar una refinería en Tierra de Barros hasta la actualidad, con una Extremadura esquilada y ultrajada por un neoliberalismo salvaje. Ya ha llovido desde los tiempos de la Plataforma Ciudadana Refinería No, pensó, ensimismada en su sillón, a la par que abría su equipo informático para empezar a escribir el texto de una conferencia sobre el devenir de Extremadura, que ofrecería pocas semanas después en el Ateneo de Cáceres. Aparte de impartir clases en un instituto, su multiactivismo la llevó a defender diferentes causas: el feminismo, la lucha contra el cambio climático, la sostenibilidad, la no-violencia y el pacifismo o los derechos para las personas migrantes y el colectivo LGTBIQ+. No había reivindicación social justa en la que ella no estuviera embarcada. Esa lucha la concebía desde la militancia: hacerse socia de diversas organizaciones y, lo más importante, dedicar parte de su tiempo y de su energía a lograr que este planeta fuese un espacio saludable y digno para toda la humanidad y el resto de seres vivos.

Gloria escribe a menudo en sus cuadernos. Tiene esa costumbre desde que era una niña y ni la digitalización tan intensa ha logrado que abandone ese hábito. Le gusta escribir a mano esas ideas que le surgen, por ejemplo, mientras pasea por el bosque; después, las traslada al ordenador. Tiene en mente lo que quiere comunicar en su discurso. Consulta su libreta y comienza a examinar lo anotado. Tras abrir el procesador de texto en su computadora, inicia el relato de su disertación:

«¡Buenas tardes! Me han invitado esta tarde para que les hable sobre cómo veo el futuro de mi tierra, sus perspectivas. No les quiero mentir: el escenario no es el que muchos soñamos hace años, cuando empezamos esa tarea inconmensurable pero hermosísima de defender la justicia social a través del activismo y la movilización. Cuando me puse a pensar qué temas específicos quería abordar en mi exposición, rápidamente me vino a la cabeza una fecha clave de nuestra historia. Me acordé de los del 25 de marzo y lo que supuso su gesta: la unión y la solidaridad de miles de personas para mejorar sus penosas condiciones de vida en el campo extremeño. Su ejemplo nos sigue alumbrando, es el faro que nos guía en estos tiempos inciertos que nos han tocado vivir...».